



Revista Chilena de Literatura

ISSN: 0048-7651

rchilite@gmail.com

Universidad de Chile

Chile

Pas, Hernán

UN 'ESTUDIO' OLVIDADO SOBRE LA LITERATURA CHILENA: DEMETRIO
RODRÍGUEZ PEÑA Y SU DISCURSO EN EL CÍRCULO DE AMIGOS DE LAS LETRAS

Revista Chilena de Literatura, núm. 81, abril, 2012, pp. 161-180

Universidad de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=360233420010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

III. DOCUMENTOS

UN 'ESTUDIO' OLVIDADO SOBRE LA LITERATURA CHILENA: DEMETRIO RODRÍGUEZ PEÑA Y SU DISCURSO EN EL CÍRCULO DE AMIGOS DE LAS LETRAS

Hernán Pas

Universidad Nacional de La Plata – CONICET
hernan_pas@yahoo.com

PALABRAS CLAVE: Demetrio Rodríguez Peña, Chile, literatura nacional, asociacionismo y cultura letrada, siglo XIX.

KEY WORDS: *Demetrio Rodríguez Peña, Chile, National Literature, Associativism and Lettered Culture, 19th Century.*

El asociacionismo de corte liberal –o, con mayor precisión, de matriz ilustrada– que emergió, con la caída del Antiguo Régimen, en Europa y luego en toda Latinoamérica resultó decisivo para la constitución de prácticas culturales modernizantes, principalmente aquellas relacionadas con el desarrollo de un pensamiento secularizado. En Chile, como en otros países, además de las reuniones tertulianas propias de la Independencia, hubo varias experiencias de asociacionismo –en muchos casos ligadas a la esfera “gubernamental”, como las reuniones concebidas por Juan Egaña en su casa de Peñalolén a principios de los años 30–, pero sin duda la de mayor relevancia para la historiografía literaria fue la Sociedad Literaria de 1842. En efecto, fundada a comienzos de ese año y presidida, a partir de mayo, por José Victorino Lastarria, la Sociedad Literaria de Santiago ha sido considerada un punto de inflexión en la historia de las letras y las ideas chilenas¹.

¹ Cabe resaltar que uno de los aspectos fundamentales de estas asociaciones –desde las tertulias domésticas hasta las reuniones en cafés o ateneos– fue la promoción de un marco referencial intersubjetivo a través de la producción impresa, en general a través de publicaciones periódicas. Y aunque los jóvenes de la Sociedad del 42 no pudieron tener su propio periódico, algunos de ellos colaboraron con *El Semanario de Santiago* –cuyo primer número vio la luz el 14 de julio de ese mismo año– y poco después redactarían, ya con programa propio y nuevo ímpetu, *El Crespúsculo* –donde se publicaría, como se sabe, el famoso ensayo “Sociabilidad

Casi veinte años después, en agosto de 1859, J. V. Lastarria fundaba en su propia casa de Santiago el Círculo de Amigos de las Letras, y Jacinto Chacón, en el mismo año, creaba en Valparaíso la Sociedad de Amigos de la Ilustración, cuyo principal objeto, según constaba en actas, era “la ilustración de los individuos y la difusión de los conocimientos en los ramos que tengan relación con las letras y ciencias sociales”². Ambas asociaciones se dedicaron al fomento de los estudios literarios, sociales, históricos, económicos y hasta botánicos, y tuvieron, ellas sí, sus respectivos órganos de difusión: el Círculo contó con el periódico *La Semana*, fundado ese mismo año por los hermanos Arteaga Alemparte, y la Sociedad de Valparaíso con la *Revista del Pacífico*, que luego de un breve período sin publicarse –a causa de los conflictos en armas que terminaron con el Estado de Sitio en abril de 1859– reapareció en enero de 1860, a cargo del mismo Chacón³.

Sobre las tareas del Círculo de Amigos de las Letras, el mismo Lastarria ha dejado una sumaria reseña en sus *Recuerdos literarios*. Allí recapitula, por ejemplo, los concursos elaborados por la asociación y sus respectivos premios, los trabajos presentados y leídos en sus sesiones y la lista completa de todos sus integrantes durante el primer año. Llama la atención que sea el propio Lastarria el que aúne aquella experiencia inaugural del año 42 con esta otra del 59. Lo hace de modo tendencioso, como ocurre en varios momentos de sus “recuerdos”, cuando asegura que “la situación era parecida a la de 1843”. Y es que Lastarria está ponderando ese ejercicio promotor como uno de los principales motivos por los cuales cinco años después, esto es, en 1864, “el progreso de la literatura nacional tenía ya vida propia”⁴. Es decir, el Círculo se fundó con el objeto primordial de fomentar la literatura nacional, sin visos de ideología de por medio. Puro desarrollo artístico, parecería haber sido el lema. En todo caso, como sugiere Subercaseaux, tal distensión ideológica terminó transformando al Círculo en un organismo cultural de la fusión política, coincidente con el programa que encabezaba por entonces el presidente Pérez⁵.

En consecuencia, parecería oportuno analizar el carácter de los trabajos allí presentados. Si bien es una tarea ímproba, por no decir inverosímil –muchos de los textos o estudios mencionados resultan hoy inaccesibles, o bien porque nunca se editaron, o bien porque,

Chilena” de Francisco Bilbao. Para todo lo que tenga que ver con la Sociedad Literaria y el movimiento de 1842, y particularmente con el desempeño de J. V. Lastarria y el contexto ideológico-cultural del período, véase el imprescindible trabajo de Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*. Santiago: Aconcagua, 1981.

² Anales de la Sociedad de Amigos de la Ilustración, *Revista del Pacífico*, Tomo II, 1860. 53-55.

³ Cabe aclarar que ni *La Semana* ni la *Revista del Pacífico* eran órganos oficiales de dichas instituciones, aunque publicaban –dados los lazos estrechos entre las redacciones y las asociaciones en cuestión– trabajos producidos y debatidos en ellas.

⁴ Lastarria, J. V. [1878]. *Recuerdos literarios*. 2ª edición. Santiago: Librería de M. Servat, 1885. 363 y 423.

⁵ Subercaseaux, *Cultura y sociedad...*, 186-187.

habiéndose editado, permanecen ignotos entre los fárragos de vetustos archivos–, nuestra pretensión no obstante es contribuir con un primer aporte en ese sentido. Para ello, presentamos a continuación el “estudio” que leyó Demetrio Rodríguez Peña en reunión del Círculo del 21 de octubre de 1859, trabajo mencionado por Lastarria con cierta precisión en sus *Recuerdos* y cuyo extenso título deja explícito su objeto: *De la literatura chilena, considerada en sus fuentes, i en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de nacionalidad e influir en el progreso i felicidad del país*⁶.

El “estudio” –una especie de ensayo crítico-historiográfico– se publicó seguidamente en los números 24, 25, 26, 27 y 28 de *La Semana*, entre el 29 de octubre y el 26 de noviembre de 1859. Hasta ahora, por lo que hemos podido investigar, el ensayo permanece sin reedición. Dada su formidable extensión, que podría formar un folleto de unas 50 páginas, nos hemos visto obligados a realizar una selección, suficientemente representativa sin embargo del espíritu general del escrito⁷.

Previsiblemente, el largo recorrido que plantea Rodríguez Peña tiene continuidades conceptuales con discursos previos –y, en este sentido, se inscribe en la tendencia instalada con la Sociedad de 1842–, pero a su vez es un intento de actualización de ciertas teorías “científicas” –como la filología comparada y la lingüística humboldtiana– que ya hacia la década del 50 habían comenzado a cobrar en Sudamérica notable relieve. En este sentido, no parece casual que el inicio del ensayo Rodríguez Peña lo dedique a la materia, y que de ella derive, nuevamente, en una categórica defensa de la “lengua de Cervantes” –ahora avalada por autoridades como Franz Bopp y Wilhelm von Humboldt– y en una positiva ponderación del guaraní en su condición de “lengua madre” de la variante léxica conocida como “araucano”. Esta, la de la lengua –pero con mayor vigor la de la lengua aborígen– es una preocupación que pasado el medio siglo resurgirá en Sudamérica de la

⁶ Demetrio Rodríguez Peña, hijo del general Nicolás Rodríguez Peña y de María Casilda de Igarzábal, nació en Buenos Aires pero se educó tempranamente en Inglaterra. Fue abogado, escritor y publicista. En Buenos Aires colaboró, junto a su hermano Jacinto, con la redacción de *La Moda* de Alberdi. Luego, exiliado en Chile, redactó y colaboró en distintos periódicos (además de *La Semana*, pueden mencionarse, entre otros, *El Mercurio* y *La Gaceta de Comercio*). En Chile, donde finalmente se radicó, casándose con la chilena Eugenia Vicuña y Toro, llegó a ocupar el cargo de Sub-Secretario de Guerra y Marina. Falleció en Santiago en 1866.

⁷ Hemos transcritto la primera entrega completa, correspondiente al n° 24, del 29 de octubre de 1859, pues nos pareció el aporte más novedoso en términos contextuales; la segunda entrega, del 5 de noviembre, dedicada a las prescripciones estéticas para una literatura nacional, ha sido recortada y seleccionada en lo sustancial, y la cuarta entrega, correspondiente al n° 27, del 19 de noviembre, y dedicada a la disciplina histórica, fue transcrita también con algunos recortes parciales. La entrega del n° 26 (tercera) continúa el desarrollo de la narrativa inglesa –principalmente dedicada a desplegar la historia de Norte y Sud de Gaskell– y culmina mencionando la narrativa del ruso S. Aksákov. La última entrega, esto es, la del n° 28 (del 26 de noviembre), concluye retomando la cuestión historiográfica y sumando a la reflexión al género dramático.

mano de figuras como Miguel Luis Amunátegui, Juan María Gutiérrez o, posteriormente, Bartolomé Mitre, para solo nombrar las más destacadas. De hecho, ya en 1848 Miguel Luis Amunátegui había publicado un breve estudio –basado principalmente en los trabajos de Malte Brun– que, con el título “Lenguas indígenas de la América”, intentaba repasar el origen de las lenguas aborígenes a fin de esclarecer los orígenes del idioma patrio⁸.

De aquella matriz ideológica bosquejada por el discurso de Lastarria en 1842, pero más aun por la polémica suscitada a partir de sus *Investigaciones sobre la influencia de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile* de 1844, se desprende la exhortación historicista que realiza sobre el final Rodríguez Peña. En efecto, quien tenga presente esos debates descubrirá en los exhortos de R. Peña una tendencia lastarriana –la tan mentada y discutida orientación filosófica de la historia–, aun si la noción de “providencia” aparece de suyo reñida con el impulso humanista que fungía el chileno.

Por último, cabe una breve reflexión sobre la inserción del discurso en su contexto de enunciación. Si los acontecimientos bélicos desencadenados por la llamada “cuestión del sacristán” habían a principios de año retrotraído a la memoria los posibles desmanes de la guerra civil –alentada, como se sabe, en las mentes criollas por los ecos de la fracasada revolución francesa del 48 y que, en el caso chileno, habían tenido su traslado en los famosos sucesos de 1851, rememorados por Alberto Blest Gana en *Martín Rivas*–, y si el Círculo bregaba por una unificación a través de la ciencia y de la literatura, no dejan de ser sugerentes aquellos pasajes en los que Rodríguez Peña establece analogías con cierta narrativa inglesa, tendiente a capitalizar los conflictos sociales de las grandes urbes. Las novelas de Dickens, de Elizabeth Gaskell –*Norte y Sur*– o de Stowe –*La cabaña del tío Tom*–, largamente visitadas en el ensayo, están allí para ejemplificar rigurosidad formal, por cierto, pero también para reafirmar aquella prescripción tan cara al reformismo ilustrado: utilidad social. En este punto, la exhortación se volverá por demás llana: “El escritor chileno, en fin, que escribe para su país y en su provecho debe buscar los medios de ser bien comprendido por el pueblo chileno; no el pueblo como el que se reúne en esta sala, sino el pueblo poderoso de que formamos una pequeña parte, que se nos viene encima y que es preciso que venga como amigo; pues ¡ay! de nosotros si viniese como enemigo...”.

En suma, creemos que el texto de Rodríguez Peña, si bien se nutre de ideas comunes que venían abordándose desde la irrupción del romanticismo en Sudamérica, acumula información relevante para la investigación histórica y, en particular, para los estudios literarios dedicados al siglo XIX, tanto chileno como hispanoamericano.

*

Notas a esta edición: dado que para la época la reforma ortográfica del 43 hacía tiempo ya que había entrado en desuso, hemos optado por modernizar la ortografía. Asimismo, repusimos topónimos siempre que los cambios no implicaran una alteración o anulación

⁸ *Revista de Santiago*, N° 1, Tomo I, abril de 1848. 117-128.

de peculiaridades léxicas. Cuando lo creímos conveniente, colocamos [*sic*] para salvar esa distancia. Por último, cabe advertir que el signo de corchetes y tres puntos ([...]) indica que un fragmento ha sido deliberadamente extraído.

*

La Semana, n° 24, 29 de Octubre de 1859.

De la Literatura Chilena
SU NACIONALIDAD. SU CARÁCTER I SU INFLUENCIA
EN EL PROGRESO I FELICIDAD DEL PAÍS.
O SEA

De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, i en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de nacionalidad e influir en el progreso i felicidad del país.⁹

I.

La literatura en su acepción más elevada, considerada en su naturaleza, en su primitivo destino, en su influencia sobre el bienestar i la dignidad de las naciones, en sus grandes resultados, ha llegado en su vasta esfera, vulgarizándose y abrazando a todas las otras ciencias, prestando a todas sus dotes divinas, a constituir la ciencia de las ciencias, indispensable a todas, como medio imprescindible para ser escuchadas, atendidas y comprendidas.

Pasaron ya los tiempos en que el pueblo era nada y no se escribía para él. Separado de las clases privilegiadas por una gran distancia y un ancho abismo, que habían de cegar un día cadáveres humanos amasados con sangre; aislados los sabios mismos aun de estas clases, desdeñaban el lenguaje de los pueblos y escribían, hablaban y pensaban en latín.

Pasó ya el tiempo en que los literatos eran unos pocos hombres mirados con lástima por la humanidad, como una especie de locos inofensivos, pero miembros inútiles de la sociedad, condenados a arrastrar una existencia miserable, tolerados como seres curiosos en la mesa de los grandes o de los soberanos. Humillado y torcido a veces el vuelo de su ingenio por la limosna misma que se les hacía, desconocidos casi siempre por sus contemporáneos, estos seres escogidos por el soplo del genio y la inspiración, se veían condenados a ser nada mientras eran algo, y a ser algo en el recuerdo y la gratitud de los hombres, cuando llegasen a ser nada!

Así debía ser en épocas en que pocos espíritus se preocupaban en investigar y consignar las tradiciones de la humanidad, los recuerdos de tiempos pasados y el pensamiento y las aspiraciones de los tiempos presentes.

En el día, ensanchado inmensamente el campo de la instrucción, entrelazadas estrechamente las ciencias, necesitando todas ellas de la literatura como expresión del

⁹ Estudio leído en el Círculo de amigos de las letras, por D. Demetrio Rodríguez Peña, en la reunión del viernes 21 del presente.

pensamiento, invadidas todas ellas por el espíritu democrático que es el rasgo prominente e incontrarrestable de nuestro siglo; obligados los hombres a hacer valer y sostener sus títulos al saber y a la virtud, únicos valeables [*sic*] en el día, en la plaza pública; tenemos el hermoso espectáculo del cultivo general, de la vulgarización de la ciencia antes misteriosa de las letras, en sus resultados al menos, cuando no en sus procedimientos.

El cultivo de las letras, pues, en alas del espíritu democrático, al vulgarizarse, se hizo a la vez más nacional, más vigoroso, y vino a prestar en el concurso general y armónico de sus fuerzas, un grande apoyo a las investigaciones filosóficas de la historia.

La historia no buscó ya solo en la interrogación de la pintura, de la escultura, de los sepulcros y en los monumentos, el origen y la marcha de la humanidad, sino que buscó y halló en el lenguaje, como expresión del pensamiento de los pueblos, tradicional y escrito, el origen y marcha de esos pueblos, y hasta la huella de sus emigraciones por los diversos puntos del globo.

Interroga el que quiera a los astros, o la ciencia que enseña las leyes de sus movimientos, para averiguar la historia de este planeta y la de los seres que la pueblan: el investigador histórico filosófico, la buscará con más acierto y preferencia, en lo que tenemos mucho más cercano y a la mano; en la geología para la historia del globo que pisamos, en la literatura para la de la humanidad que nos rodea: interrogará al globo mismo sobre los misterios de su existencia, al hombre en su palabra, para la revelación del pensamiento del hombre.

II.

Antes de entrar en los detalles y aplicaciones que me he propuesto, permítaseme sentar, como base ancha y firme de estudio, lo que entiendo por literatura considerada en su influencia sobre los destinos de las naciones y de la humanidad entera, y no como simple estudio de la lengua o examen frívolo del arte.

Si logro explicarme bien sobre este punto; si logro hacer ver el origen divino de la literatura, en su esencia inseparable del hombre en todas las situaciones, las aplicaciones que haga a la literatura chilena y las investigaciones a que os invite para encontrar las verdaderas fuentes de inspiración de esa literatura esencialmente nacional que apetecemos, serán fácilmente comprendidas y aun adivinadas, por los claros talentos que me escuchan y que tan óptimos frutos prometen al cultivo de las letras entre nosotros.

La literatura según la concibe mi espíritu y según la considero como base de este estudio, comprende todas las artes y las ciencias lo mismo que todas las obras y producciones, que tienen por objeto la vida y el hombre mismo, pero que sin tener por fin ningún acto eterno no obran más que por el pensamiento y el lenguaje, y solo se manifiestan con el auxilio de la palabra hablada o escrita.

Considerada la literatura desde el punto de vista en que yo me coloco, claro es que no puede haber pueblo, esto es, reunión de hombres de la misma raza, del mismo origen, obedeciendo a iguales leyes o influencias sociales y climatéricas, que no tenga una literatura propia y peculiar a ese pueblo; puesto que no puede concebirse hombres reunidos sin pensamiento y sin lenguaje; dotes divinos que comunes a todo hombre, cultiva y desarrolla la civilización: dotes naturales que imprimen en sus variados

matices en cada pueblo, un sello indeleble que lo distingue y que tanto sirve en el día las investigaciones de la historia.

Es tan vasto, es tan inmenso el campo que se abre a mi mente en este instante, Señores, que temo perder la cabeza y extraviarme. Solo una idea me sostiene y me guía y espero que me llevará a buen fin; y es el convencimiento profundo en que estoy de que la literatura en su esencia divina y filosófica, como el pensamiento, como la palabra, existe en todos los pueblos para testiguar su origen, su civilización, su historia, sus necesidades, sus aspiraciones, su pensamiento en fin.

Si esto es así, como lo creo, el punto a que debe encaminarse nuestra literatura contemporánea para no apostatar de su verdadera nacionalidad, para ser grande, útil y popular, es a las fuentes del pensamiento chileno en sus diversas manifestaciones, en su lengua, en sus cantos, en su vida, en sus dolores, en sus aspiraciones, en su historia.

Cuadro grandioso que cierra en su magnífico marco, una lujosa, variada y prodiga naturaleza, y que ilumina los reflejos del más bello cielo del Universo.

Vamos a examinar esa primera fuente, la lengua.

III.

En la historia del mundo y de la literatura, que es la del pensamiento humano, la palabra hablada ha precedido de mucho tiempo a la palabra escrita: esto es, la literatura ha existido sin letras, o más bien, si se me permite la expresión aparentemente contradictoria, han existido las letras sin la escritura.

La palabra hablada fue, pues, el único y primitivo medio de comunicación del pensamiento, y en la palabra se busca la primitiva fuente de la literatura.

Analizando la palabra, hallamos los sonidos primordiales, en lo que los modernos llamamos las vocales, y la inspiración divina, la parte musical, el principio del alma, el elemento divino del espíritu: las combinaciones diversas de esos sonidos van formando otros por movimientos de labios, la lengua y las aspiraciones, son la parte del arte humano, son empleos diversos que hace el hombre de la base divina del lenguaje, según sus necesidades, según su civilización.

Las raíces constituyen, pues, lo que hay positivamente de divino en el lenguaje humano, la fuente original de la revelación natural, confiada y expresada por palabras como las descubrió la inteligencia del primer hombre en una luz originariamente pura todavía. Las formas gramaticales del lenguaje y toda su estructura artificial, son obras de la razón; las figuras y los tropos, son los elementos de la imaginación, expresando en las ondulaciones del ritmo y en el movimiento métrico, el flujo y reflujo del deseo y de la voluntad.

En el origen del mundo, las sensaciones debían ocupar el primer lugar en la vida del hombre, y el pensamiento era eminentemente sintético. En tal situación del espíritu, las palabras eran frases, se hablaba por frases más bien que por palabras, y se suplía a la imperfección de aquellas, se les completaba por la actitud y el gesto. Cada expresión era un organismo completo cuyas partes se enlazaban estrechamente; y a esto es a lo que los filólogos han dado el nombre de *polysintetismo* [sic].

Considerando así el lenguaje, aun sin el auxilio de la escritura, lleva en sí mismo la marca de su origen, su edad, y las huellas del progreso, desarrollo y grado de civilización a que han llegado los pueblos que se han servido de él para la comunicación del pensamiento.

Hay una ciencia, ramo importante de la literatura, que en nuestros días ha hecho tales progresos, que el público ha venido a conocer casi al mismo tiempo que su existencia, su madurez. Esta ciencia es la *Filología comparada*, ciencia nueva, que ha venido a colocarse de intermediaria entre la *Psicología* y la *Etnología*.

Un idioma es un organismo, sometido como todo organismo, a una ley de desenvolvimiento. “Es preciso, escribe Guillermo Humboldt, no considerar una lengua como un producto muerto o acabado; es un ser viviente y siempre creador. El pensamiento se elabora con los progresos de la inteligencia, y el lenguaje es la manifestación de este pensamiento. Un idioma no puede, pues, permanecer estacionario, marcha, se desarrolla, crece y se fortifica, envejece y se marchita”.

Según los principios a que obedece la nueva ciencia, del mismo modo que un botánico al encontrar en las cordilleras de Atacama una planta desconocida, sabe cómo clasificarla, en qué familia de plantas colocarla y darla a conocer de un modo inteligible al mundo entero; así la Filología comparada, a la vista de la Gramática Araucana que poseemos, sabe cómo clasificar ese idioma, y determinar la familia de lenguas a que pertenece, las transformaciones que ha sufrido, su edad y el grado de civilización que representa.

Desde luego, fácilmente se comprende la diferencia que existe entre el estudio antiquísimo de las lenguas, en sí o comparadas con alguna lengua dada, de la Filología propiamente dicha, y la ciencia moderna de la Filología comparada, cuyo plan y objetos trataré de dar a conocer muy sucintamente y solo en cuanto juzgo indispensable a mi propósito. Una exposición prolija de esta doctrina interesante que tiene ya su cátedra de enseñanza en la Sorbona, daría materia muy sobrada a un estudio especial que procuraré presentar en otra ocasión.

La Filología comparada, cuya patria por ahora es la Alemania y que cultiva como planta aun exótica la Francia, tiene por objeto establecer, por la *comparación* de las palabras y de las formas gramaticales, las leyes del desenvolvimiento de la palabra misma: y en los diversos modos de aplicación de esas leyes, llegar a conocer el origen, la edad de un idioma, y el grado de civilización que representa, arribando por el conocimiento de las lenguas, al origen y clasificación de las sociedades humanas.

Lo que constituye el fundamento, a la vez que el fin, de la Filología comparada, es la reconstrucción del trabajo mental que ha dado origen a las lenguas y que ha presidido sus variaciones. Esta ciencia, cuyos verdaderos fundadores son Guillermo Humboldt, F. Bopp, y Jacques Grimm, recorre dos órdenes de estudios. El primero se reduce a retrazar [*sic*] la historia anterior, interna de una lengua o familia de lenguas. El segundo clasifica las lenguas conocidas, cuenta las familias, y determina a cuál de ellas pertenece cada lengua, y como en la botánica o la ornitología examina y descubre las afinidades que ligan entre sí a esas familias. El conjunto de las primeras investigaciones pone en la vía de las segundas. Los principios que permiten trazar la historia de una lengua seguida en todas sus transformaciones y derivaciones, enseñan a fijar la edad de un idioma, el periodo a que pertenece la forma que nos presenta, y ya no hay el peligro de tomar por

diferencias específicas meras desigualdades de desenvolvimiento, y de caer en el error frecuente en la ornitología de tomar por especies diversas, individuos específicamente idénticos, pero cuyo plumaje difiere en razón de la edad o del sexo.

Permítaseme intercalar aquí una anécdota curiosa que hallo consignada en uno de los expositores más entusiastas de esta doctrina, y que doy como la encuentro. Cuentan que Alejandro Humboldt en sus últimos viajes en América, encontró en Maypure, a orillas del alto Orinoco, un loro viejísimo, que hablaba una lengua antigua que nadie comprendía. La longevidad del loro es conocida y la posesión en que se hallaba aquel de un idioma ignorado, llamó la atención de Humboldt, quien se puso a recoger del loro, miembros dispersos de aquella lengua fósil, que consignó al papel y remitió a su hermano Guillermo, para que allá en Berlín, con sus compañeros lingüistas, les buscara forma y colocación científica. —Los de Berlín se pusieron al trabajo, cuyo resultado fue el descubrimiento de un idioma usado en aquellas comarcas, por la tribu extinta de los Astrés [*sic*], que al extinguirse dejó al loro único poseedor de su lengua. Es así, exclama el que relata el cuento, como la Providencia por el intermedio de un loro, conservó a la ciencia una de las muchas paradas o postes que le faltan, para marcar el camino recorrido por la humanidad.

Si non é vero é ben trovato.

Las lenguas Europeas, según la Filología comparada, pertenecen todas a una gran familia, que se dividió muy pronto en muchas ramas, y cuya madre común es ignorada, pero que reconocen en el sánscrito, el jefe de una de las más antiguas líneas colaterales.

Los idiomas persa y zéndico [*sic*] son hermanos del sánscrito: en el griego y lenguas eslavas trasciende notablemente el sánscrito; mientras que las lenguas germánicas se aproximan más al persa i al zéndico.

La Filología comparada forma de todos los idiomas europeos cuatro grandes clases, como otras tantas hermanas hijas de una madre común: pero estas hermanas no han sido llamadas a una igual participación en la herencia de la humanidad; y cuanto más se avanza hacia el Oriente, más rica es la parte que ha cabido en las lenguas en esa herencia. —Es así como mientras en los idiomas eslavos y en particular [en] la familia Lituania [*sic*], han conservado casi sin alteración el molde sánscrito, las lenguas célticas, arrojadas hacia el occidente, solo recuerdan muy lejanamente la lengua madre.

Esta distribución de las lenguas en Europa, correlativa en su afinidad con los antiguos idiomas hablados a orillas del mar Caspio y del Ganges, es un indicio incontestable del origen asiático de los pueblos Europeos. Es claro que tribus salidas del Asia se han empujado unas a las otras, y que los celtas de los primeros en esos movimientos, llegaron a ser los habitantes más occidentales. Allí, a orillas del Océano que oponía una barrera a nuevas emigraciones, ha venido a morir la lengua céltica. Invasión por las poblaciones latinas o germánicas, las razas célticas perdieron en su mayor parte, el lenguaje que las distinguía, sin perder del todo el sello de una individualidad.

Las cuatro grandes familias de lenguas europeas, de origen indo-germánico, que clasifica la ciencia moderna, son:

La céltica.

La germánica.

La eslava.

La pelásgica, que comprende las lenguas griega, latina y las que de ellas se derivan de la nuestra.

Se llama pelásgica, por que habiendo sido la Grecia y la Italia originalmente pobladas por una raza común, los Pelasgos, el idioma de estos forma la savia del griego y del latín. La primera de estas lenguas no es, como se ha creído por algunos, la madre de la otra: son simplemente dos hermanas, y si fuese necesario asignarles edades diferentes, el latín tendría el derecho a ser considerada la mayor. El dialecto más antiguo del idioma helénico, el de los Eolios, se asemeja al latín en mayor grado que los dialectos más recientes del griego. El latín presenta en sus elementos gramaticales, como en su vocabulario, analogías y relaciones con el sánscrito. —El mismo no era otra cosa que una rama de la antigua familia de las lenguas itálicas, que a su vez comprendía otras tres ramas, el japyjiano [*sic*], el etrusco, el italiote [*sic*]; los que se subdividían en otras que constituían, la primera el latín, la segunda comprendía el dialecto de los Ombrios, los Marsos, los Volcos y los Samnitas.

Los límites de este estudio no permiten examinar separadamente los caracteres de cada una de las cuatro familias lingüísticas que dominan la Europa, ligadas por tan grandes recuerdos a la historia de la humanidad: solo me permitiré descubrir brevemente el hilo que nos liga por la parte española, con la familia pelásgica. Más adelante veremos de dónde proviene la individualidad lingüística Araucana, que la ciencia conoce con el nombre de chilena.

De que la historia de las lenguas indo-europeas sea la mejor guía para reconstruir a marcha de las emigraciones que han invadido y poblado a la Europa, no se deduce que esas emigraciones hayan poblado soledades y no hayan más bien encontrado otros pueblos que han desalojado o conquistado, recibiendo el conquistador del conquistado, al mismo tiempo que daba, influencias filológicas.

La ciencia nos muestra desde luego tres grupos de lenguas que salieron al encuentro de las conquistadoras, influenciándolas en gran manera: estos eran, la lengua vasca o la euskaria [*sic*], con dos dialectos: la lengua finesa que comprende la japonesa, la finlandesa o Suomi, la estonia, la livona; y la lengua magyar o húngara.

La vasca, también llamada *ibérica*, es la que nos interesa y la que, refugiada en el mediodía de las Galias, en una parte de la Italia Occidental y en España, salió al encuentro y se incorporó con la pelásgica, formando una individualidad específica de esa familia. Esta individualidad importada con el evangelio, por los conquistadores de América del Sud, y traída a estas comarcas por los Almagros y Valdivias, es la madre de nuestro idioma civilizado, del chileno, como yo lo comprendo en el carácter literario de este estudio.

Ahora en cuanto al otro idioma, a la lengua de los dueños primitivos y salvajes de este país, su genealogía aun no bien determinada es sencilla, bien que larga de seguir y de narrar.

El araucano, en sus diversos matices o dialectos, de que se servían los habitantes de estas comarcas, desde Atacama hasta Magallanes está incluido en la gran familia lingüística americana, el guaraní. El guaraní, como el quichua de los Incas, como el leuca de Honduras, como el quichomaya del Yucatán, como el náhuatl de los mejicanos, como

el otomí son familias que acusan un gran desenvolvimiento gramatical, y como todas las lenguas del nuevo mundo, en alto grado, el carácter polisintético, porque la ciencia no ha llegado aún a clasificar.

De esas familias principales se derivan una infinidad de dialectos que llevan consigo en su existencia vagabunda tribus subdivididas al infinito y fraccionadas en su vida nómada y salvaje.

Sin embargo, las lenguas de la América presentan en su conjunto puntos de semejanza, de parentesco con los idiomas polinesiano y aun africano, y una homogeneidad gramatical, un aire de familia muy pronunciado.

Los polinesianos acusan una familia de lenguas bien caracterizada; familia por otra parte estrechamente relacionada con las lenguas del Noroeste de la América y de la Siberia Oriental, al grado que pueden considerarse como los restos de la población de un vasto continente hoy sumergido, y del que solo aparecen innumerables grupos de islas. Faltan los datos para resolver, aun de una manera conjetural, este problema curioso; pero por ciertos rasgos característicos puede concluirse, que los polinesianos constituyen el vínculo que una a las poblaciones indígenas de la América con el Asia.

La familia guaraní, a que pertenece la lengua chilena indígena, acusa según se ha dicho, un desenvolvimiento gramatical bastante considerable, y fue hablada en una vasta extensión de territorio al Sud y al Oeste de la América Meridional. Inferior al quichua, lo eran ambas al Náhuatl de los mejicanos, que ha dado monumentos literarios en signos aproximadamente jeroglíficos. Debajo de todas en la jerarquía de los idiomas americanos, vienen las dos familias pampas, o moxa y caribe de excesiva simplicidad gramatical.

Debo hacer notar aquí porque conviene mucho a mi propósito, que en la parte relativa a la lengua de la América del Norte, la filología comparada es deudora al concurso de las luces de lingüistas y etnólogos ya eminentes de los Estados-Unidos, de esa nación que conocemos más por su lado brusco, grosero, material, que por las eminentes cualidades que también encierra; que conocemos más por su faz maquinal, mercantil y política que por sus esfuerzos y adelantos en las ciencias físicas y sociales.

También, aunque en una esfera más modesta, aparecen contribuyendo dos nombres honorables chilenos. Las gramáticas araucanas y haymaracas [*sic*] que sirvieron a Guillermo Humboldt en sus investigaciones y clasificaciones filológicas, pedidas por el mismo Humboldt, entre otros a don Francisco Huidobro, fueron proporcionadas a éste por el general Aldunate. Me hago un placer en consignar estos nombres de dos verdaderos devotos de las ciencias y de cuanto tiende al progreso de su patria. Este hecho, además, por poco insignificante que parezca, favorece mi propósito de demostrar en qué gran manera el nacionalismo en los trabajos literarios (muy diverso por cierto del *narcisismo* nacional, obstáculo invencible a todo progreso) está llamado a propender al adelanto de los conocimientos de la humanidad.

“Las lenguas americanas, dice Alfredo da Maury, han pasado por fases de desenvolvimiento muy diversas; pero aun cuando han alcanzado, como en el quichua y el guaraní, un grado remarcable de elaboración, no han podido salir de las formas elementales que les sirvieron de andamio. Ellas han tenido su molde determinado, su término predestinado, del mismo modo que las lenguas africanas que recuerdan singularmente por su índole,

su dulzura, pero a las que dejan muy atrás en poder aglutinativo. Este fallo indica que los americanos no han llevado mucho más allá que los negros la facultad del lenguaje.”

“Si me fuese permitido, concluye Maury, clasificar las lenguas del universo según su grado de desenvolvimiento, y sin tomar en cuenta ciertas riquezas propias, tendríamos la siguiente tabla de ascendentes:

1. ° Grado. –Lenguas monosilábicas o de la familia indo-china.
2. ° Grado. –Lenguas malayo-polinesianas.
3. ° Grado. –Lenguas americanas.
4. ° Grado. –Lenguas africanas.
5. ° Grado. –Lenguas dravidianas i negro japonesas.
6. ° Grado. –Lenguas semíticas.
7. ° G. i más alto. –Lenguas indo-europeas”.

Si por la lengua araucana, salimos un grado inferiores a los africanos, no tenemos motivos para quejarnos del lugar que ocupa nuestra bellísima lengua literaria, la lengua de Quintana y de Cervantes, con las modificaciones no desventajosas que le presta nuestra bellísima naturaleza.

Estudiada así por las lenguas la etnología chilena, la marcha de su civilización: examinando a Chile salvaje, en el espíritu indo-americano que reflejaban sobre él las influencias que había recibido y continuaba recibiendo del Asia por el Occidente y por el intermedio de los Incas, esos romanos de este mundo ignorado: considerando a Chile invadido por el espíritu y el lenguaje de paz y caridad, el evangelio, al mismo tiempo que por la guerra, la opresión y la avaricia, la conquista; por el espíritu y la lengua indo-europeos que le venían del Oriente: luego a Chile colonial y transformándose, después a Chile transformado e independiente por la *Razón y la Fuerza!*....

Fuentes son estas de literatura, capaces de inspirar a la nuestra salud, robustez, lozanía y una vida propia y peculiar que la distinga de toda otra.

Es a la luz de la filología comparada, que la ciencia moderna busca y encuentra el origen y la historia de un mundo aun mas nuevo que el de Colón, la nueva Holanda, la Australia; y ha de ser la luz de esa ciencia, la que ha de guiar a los ingenios chilenos en la ardua pero bellísima tarea, de retratar la historia y el progreso del pensamiento de nuestro pueblo, desde la época presente, al través de la oscuridad que envuelve a esa marcha, en medio de las luchas y las alianzas, de la pugna y de la mezcla de diversas razas y matices de razas, de diversas lenguas y matices de lenguas, hasta descubrir el origen, la edad y la marcha seguida por nuestra sociedad, y hasta el vínculo que nos une a los pueblos primitivos de estas comarcas, y a estos con el resto de la gran familia humana.

Y este estudio no es de placer, no es de elección; es de necesidad. Sin él, el porvenir será precario: no puede haber construcción sólida, sin un conocimiento del terreno sobre que se construye: nada sólido puede hacerse en provecho de un pueblo, de una sociedad, que no se conoce y en medio de la cual somos extraños. Los ensayos que hasta aquí se han hecho nos lo demuestran: el pueblo ha sido un mito y los que en su nombre han

obrado, ni lo oyen ni lo comprenden. El se hará oír un día, y para ponernos en guardia, oigámosle desde ahora, estudiémosle y ésta es la misión de la literatura chilena.

Una proclamación del monarca de la Gran Bretaña, ha declarado en estos días, iguales sus súbditos indios a sus súbditos ingleses; y esa nación en seguida, aleccionada por una guerra cruel en sus dominios del Asia, ha entrado con ardor en la tarea del estudio de las necesidades, las aspiraciones, las creencias, las costumbres, la etnología en fin de la India. ¿A la luz de qué ciencia? la literatura: ha ido a buscar en las tradiciones riquísimas de la India, en la filología comparada, los medios de asegurar su gobierno sobre la única base sólida de los gobiernos, el bienestar, la libertad, la felicidad de los gobernados.

Hagamos nosotros para con nuestro pueblo, lo que el previsor gobierno británico hace con el de la India; principalmente la obra del retratamiento de la historia de ese pueblo, y desde el paralelo de Atacama marchemos hacia el sud hasta Magallanes, hasta la Tierra del Fuego, interrogando a españoles, a mestizos en todos sus matices, a los indios mismos, sobre su origen, su estado actual de civilización, su pensamiento, su esperanza.

¿Hablaré yo aquí de la rica herencia que nos cabe en la riquísima lengua de castilla? ¿De esa lengua que no cede a ninguna, como instrumento literario, en grandeza, en sonoridad, en armonía y en una felicísima combinación musical de todos los resortes del organismo humano? ¿Hablaré de los grandes maestros de esa lengua? Tarea inútil sería para los que conocen ya la índole, la historia y los inagotables tesoros de la literatura española. Para mi objeto me basta hacer constar que la literatura chilena posee en su lengua un instrumento de trabajo de primer orden.

Estudiada la lengua, paso a ocuparme de los caracteres que anhelo revista nuestra literatura, para ser verdaderamente nacional e influyente.

IV.

Extraño parecerá sin duda, que yo tan luego, que me precio de esencialmente cosmopolita; yo que repudio la ciudadanía del bandido que haya nacido en el mismo barrio o pueblo que yo, y llamo mi compatriota a todo hombre de bien y útil a la humanidad que encuentre en el mundo, que yo tan luego decía, venga a reclamar a la literatura chilena el sello claro e indeleble de su nacionalidad, a la última mitad del siglo XIX, en que el alambre eléctrico y el vapor echan por tierra los límites mezquinos de las nacionalidades diplomáticas, y tienden cada día más a unir a los pueblos en estrechos lazos de confraternidad.

Pero fácilmente se descubre que no es en nombre de un interés mezquino y egoísta que yo pido de los amigos de las Letras en Chile, chilenismo en sus estudios y el sello de su nacionalidad, sino en el interés de la historia del progreso de la humanidad, y del mejoramiento social y político del pueblo chileno.

En el interés de la humanidad está que el pensamiento de Chile se encuentre representado en su genuina expresión, en el gran congreso de la humanidad, y que el investigador filosófico, el historiador, el político, el viajero, halle en nuestra literatura el pensamiento de este pueblo, que ha sido y es gran cosa y que vendrá a serlo mucho más de ese pueblo, señores, masa animada de hombres bien organizados, que cada día recupera una porción creciente de sus derechos; pueblo cuya aproximación temen con

horror algunos, miran con aversión los unos, tratan de repeler los otros; pero al que es preciso dar el puesto a que el porvenir los llama.

¿Qué importa al mundo, a la historia, a las letras, el gasto estéril de preciosas dotes en imitaciones serviles del romance francés? ¿Qué importa al mundo y a las letras, que a orillas del Mapocho cante un poeta chileno como cantaría a orillas del Sena o del Manzanares un poeta francés o español. Lo que el mundo pretende con derecho, del poeta chileno, es que presente embellecidos en cantos cadenciosos y sublimes, los recuerdos gloriosos y las tradiciones de los tiempos pasados de Chile; que presente a la imaginación cuadros claros, animados de la vida chilena, de esa naturaleza estupenda y esencialmente poética que nos rodea. Lo que el arte de la humanidad pide al arte chileno es, que en la invención y en la exposición sea, como en la inspiración, chileno: que en la poesía chilena, en su alma y en su forma, sea chilena.

¿Qué es lo que da tan gran precio en Europa a cuadros de pintores mediocres, que representan con fidelidad, los contrastes grandiosos de la naturaleza de América, sus costumbres, su vida, sus montañas, sus prados, su ropaje peculiar y salvaje? Es el sello de nacionalidad que llevan y que se busca en ellos.

Era niño yo, y lanzado desde Chile, de las antípodas, me hallaba en un liceo de Inglaterra. En invierno, rodeando el fuego, contábamos cuentos, y con frecuencia tenía yo que contarlos. —“Háblanos de la América, clamaban a una los muchachos, de la cordillera, del Cóndor, del Avestruz, del arriero, del gaucho; de San-Martín, de Bolívar: cántanos las canciones de tu patria: los cantos populares.

¿Qué buscaban aquellos niños en mí, vestido como ellos, que hablaba inglés como ellos? Mi nacionalidad americana: mi alma hispanoamericana, al través del ropaje inglés que me envolvía.

Y sin salir del campo de las letras: ¿A qué debe atribuirse la boga prodigiosa del romance poco notable como obra de ingenio, de Harriett Beecher Stowe, *La Cabaña del Tío-Tom*? Claro está que a su carácter esencialmente Americano. Sin ese carácter, sin ese sello de actualidad, de nacionalidad, de verdad, y de alto interés social que le da la llaga de la esclavatura en los Estados-Unidos ¿habría alcanzado reputación tan grande?

¿Qué ha hecho de Dickens, pobre propo [*sic*] de una imprenta, uno de los escritores más altamente situados, más populares, más ricos de la Gran-Bretaña? La nacionalidad, la sociabilidad de sus trabajos.

¿Qué ha hecho de Fenimore Cooper, el Walter Scott de la América del norte? La nacionalidad, el americanismo de sus obras; y en prueba de ello es que el autor de *Último Mohicano*, siempre que ha salido de su terreno, su país, aun cuando, como en *El Bravo*, haya ido a buscar un teatro en Venecia, y sus héroes entre pescadores y gondoleros, sus ensayos han sido comparativamente efímeros.

Pero es que la popularidad de la *Cabaña del Tío Tom*, como de los *Misterios de Paris*, como la de las obras de Dickens [...], cada una de esas obras descubre al mundo una llaga, una herida, una enfermedad social nacional, y con una franqueza, un valor, que es preciso que imitemos, la sondea, la examina en todas sus fases, en toda su extensión y profundidad, sirviendo de esta manera a la causa del pueblo y de la justicia, que es la de la humanidad.

Dickens hace más de veinte años que ataca incesantemente cuánto hay de pernicioso en las instituciones sociales de la Gran-Bretaña, ataca el régimen de las Escuelas, los vicios de las instituciones caritativas parroquiales, revelando el pauperismo creciendo y propagándose impelido por esas mismas instituciones, el vicio y el crimen, naciendo, creciendo y desarrollándose con el hombre a impulso de las instituciones mal ideadas para comprimirlo; el materialismo mercantil comprimiendo y ahogando los sentimientos elevados y naturales del hombre. Y así en todas las obras ardientes, expansivas, grotescas, bufonas hasta la caricatura, dolorosas, sensibles, dominando el alma por la risa y por las lágrimas; lento a veces en el retoque fantástico de ciertos cuadros, como conviene al gusto inglés, pero siempre en defensa de algún gran principio social, de alguna causa santa —la de los sentimientos naturales, la de la justicia, la de la debilidad y la inocencia, contra instituciones viciosas. (*Continuará*)

*

De la literatura chilena... (Continuación). *La Semana*, N° 25, 5 de noviembre de 1859.

“Es una peculiaridad del siglo de positivismo en que vivimos, el que a todas las producciones del arte o del ingenio se les exija una utilidad social. Nada se produce en el día sin que la filosofía interponga su eterno *por qué*, y la sociedad su eterno *para qué*. No basta que la obra sea buena bajo el aspecto del arte, sea bien acabada, ingeniosa; es preciso que sea útil, que encierre un bien verdadero, una necesidad sentida, un dolor, una pena, una aspiración, una esperanza social, que ella sea útil en fin.

En toda producción del ingenio es preciso que campeen dos intenciones reveladas, sostenidas y desenvueltas en obra misma; la intención literaria, la intención social y política. Todo lo que sea separarse de esta doble mira es egoísta, es efímero.

El canto a mis amores, a los ojos de Elisa, a mi esperanza, a mi dolor, los retratos en verso, son flores de un día, gimnástica de la rima y el ingenio, no es la poesía en fin que debo considerar en este estudio. La poesía como yo la concibo y la deseo para los jóvenes talentos, es esa poesía en que con los colores del arte que combina el poeta en su fantasía, nos presente cuadros animados y magníficos de la vida real que nos rodea, de los dolores, de las esperanzas del pueblo; cuadros que deben ser juzgados de la altura del arte y de las ideas y necesidades democráticas, porvenir irresistible de nuestras sociedades.

Existe un mundo ideal para el arte; pero si en el vuelo a esa idealidad perdemos de vista los intereses positivos de la sociedad en que vivimos, ¿qué extraño será que ella nos pierda de vista a nosotros, y ni nos escuche ni nos comprenda?

Todo libro, todo trabajo del espíritu, debe enseñar algo; pues en la época del ferrocarril que atravesamos, no estamos para perder tiempo. Si esto es así, toda producción del ingenio debe enseñar en términos que puedan ser comprendidos por aquellos a quienes es destinada; esto es, toda producción ha de ser nacional para ser popular. El escritor chileno, en fin, que escribe para su país y en su provecho debe buscar los medios de ser bien comprendido por el pueblo chileno; no el pueblo como el que se reúne en esta sala,

sino el pueblo poderoso de que formamos una pequeña parte, que se nos viene encima y que es preciso que venga como amigo; pues ¡ay! de nosotros si viniese como enemigo...

¿Y cómo hacer para que no haya ese antagonismo tan temido? Preguntadlo a vuestra conciencia:... estudiad a ese pueblo, ilustradlo, combatid, moderad al menos, sus malas tendencias, favorecer el desarrollo de los buenos gérmenes que en él existen, sed justos para con él, y no habrá para nosotros cataclismos sangrientos como los del 89 y 93: en esa tormenta social horrible que llamamos Revolución Francesa. Y ese estudio del pueblo chileno, combatiendo sus errores, defendiendo su justicia, descubriendo y mitigando sus dolores, es la nobilísima tarea de la literatura chilena, de la literatura nacional.

Hay en el Chile de otros tiempos, anteriores y posteriores a la revolución, fuerzas morales y tradiciones poderosas que es necesario no desdeñar. A la miserable presidencia colonial de otros tiempos se quiere sustituir una nación democrata, poderosa y feliz, al hacerlo, no podemos, no debemos romper tan completamente con el pasado, que junto con la barbarie e ignorancia en que ese pasado abunda, perdemos también algunas influencias bienhechoras, algunos instintos de progreso moral que en él se encuentran. Esta obra de separación debe ser la tarea fecunda de la literatura chilena.

[...]

El movimiento reformador en nuestros países, ha recibido y recibe dos impulsiones muy conocidas y definibles: la una gubernamental, oficial; la otra, la destinada a ser la más poderosa (...) es la que proviene del pueblo mismo, de sus recursos, de sus ideas, de su progreso moral y material. La literatura chilena debe estudiar, ayudar, ilustrar, armonizar esta doble impulsión

[...]

La literatura chilena fiel a su misión esencialmente revolucionaria, traerá entonces por su verdadero camino, sin trastornos ni zozobras, la revolución verdadera y benéfica que se dibuja en el porvenir de nuestra sociedad: no esas revoluciones de lucha, sangre y exterminio [...] sino esas revoluciones que Lermenier, con tan propia vehemencia, define "las inspiraciones de los pueblos", y como tales pacíficas, por su naturaleza misma irresistible. Cuando invito a nuestra literatura a ser social, y siendo social a ser nacional, y siendo nacional a ser popular, la invito a obedecer a una inspiración nacida de una necesidad común a otros pueblos mucho más civilizados que el nuestro

[...]

En la Gran Bretaña, donde existen entre otras ondas llagas sociales, como en los Estados Unidos, una esclavatura mucho más terrible aunque de distinto color, la esclavatura industrial, la literatura fiel a su nacionalidad británica y a su sociabilidad, ha creado y explota en todos los sentidos útiles imaginables, el romance que allá llaman de Costumbres Industriales; y los mismos principios, y los mismos motivos que dictaron las páginas y dieron tanta vida y sentimiento, en un lado del Atlántico, a los cuadros de negros de la *Cabaña del Tío Tom*, han dictado, al otro lado del océano, páginas y cuadros distintos en el color y en la escena, pero idénticos en su tendencia social y literaria [...] (*Continuará*).

De la literatura chilena... (Continuación). *La Semana*, N° 27, 19 de noviembre de 1859.

V.

De todos los géneros de literatura explotados entre nosotros, ninguno lo ha sido en tanto grado como el histórico; y sin embargo, ninguno es más difícil, ninguno requiere mayor extensión y diversidad de conocimientos, mayor caudal de dotes morales e intelectuales, que la literatura histórica.

Asusta verdaderamente la sola idea de los conocimientos, y cualidades que el arte moderno exige del historiador. Por lo mismo que la historia no está sujeta a formas necesarias y precisas; por lo mismo que ella es, de todos los géneros de literatura, el más vario y múltiple; por lo mismo que ella deja un ancho campo al talento del escritor, según el punto de vista que elige, según su genio, la época o el fin que se propone; las dificultades por vencer son mayores, y mayores también los medios necesarios para vencerlas. Y sin embargo, en este ramo de literatura, la nuestra cuenta ya obras de gran mérito y escritores distinguidos. ¿Será que las dificultades mismas han estimulado este estudio? ¿O habrán las pasiones políticas entrado por mucho en el fomento de la literatura histórica? O, lo que es más probable, ¿habrán nuestros escritores obedecido en esta predilección, a un impulso de la época en la dirección de los estudios históricos?

Sea de ello lo que fuere, el resultado es que nuestra literatura posee en crónicas, hagiografías e historias propiamente dichas, un caudal considerable que la historia general completa y filosófica que está por escribirse, recogerá algún día. Ella vendrá, esa historia de nuestra vida en sus relaciones con nosotros mismos, con el mundo, con el universo, y posesionándose de todos esos detalles, de ese número infinito de hechos consignados en nuestra historia social, política, militar, constitucional, científica, eclesiástica, consignará lo que merezca sobrevivir, aquello que sea durable en su relación eterna con la naturaleza del hombre y con el pensamiento de la humanidad: ella distribuirá sabiamente con el discernimiento que da la ciencia, todos los detalles de costumbres, de artes y de conocimientos, toda la variedad de la vida humana, impartiendo a todo el movimiento, la gracia, la novedad que el arte moderno exige de toda buena composición histórica.

Yo he pedido al romance, a la poesía, a la novela chilena, yo pido al teatro chileno, un nacionalismo peculiar e independiente; esto es, he pedido y pido a las obras de ficción y de imaginación, la expresión de la vida, las costumbres, las necesidades, las pasiones chilenas; o en otros términos, que el argumento sea sacado de nuestras costumbres y nuestras aspiraciones. Ahora pido a la historia chilena, cuyo argumento necesariamente debe ser chileno, que se guarde de encerrarse en los límites estrechos para ella, de la nacionalidad chilena; que por el contrario levante la vista y traspase esas barreras, en la apreciación filosófica de acontecimientos eslabonados precisamente con la marcha de la humanidad.

“No es necesario que Dios mismo hable, dice Tocqueville, para descubrir signos ciertos de su voluntad: basta examinar cual es la marcha habitual de la naturaleza y la tendencia continua de los acontecimientos; yo sé sin que el creador alce la voz, que los astros siguen en el espacio las curvas trazadas por su dedo”. En efecto, todos sabemos, sin que dios hable, al observar el movimiento del mundo en su ley constante del progreso,

que la humanidad marcha empujada por su mano poderosa. Yo sé, y lo sabéis vosotros, que no hay acontecimiento histórico por adverso que parezca, que en realidad no sea un eslabón más en la cadena de la vida humana universal, un paso dado en la vía del progreso, una grada ascendida en la elevación del pueblo hacia sus ulteriores destinos, el mejoramiento social, la libertad, la democracia. De aquí proviene el carácter sincrónico que debe revestir la historia en nuestros días; esto es, que al consignar los hechos relacionados con un pueblo particular, no prescinda del vínculo que une su existencia al pasado de la humanidad y a la existencia actual de los demás pueblos.

[...]

En efecto, si tendemos la vista sobre el resto del mundo, sobre esa Francia centinela avanzada de la civilización, que lanza un grito de alerta a cada nueva idea que se presenta o se anuncia a esa nación espiritual y esencialmente habladora, incapaz de guardar un secreto, propio o ajeno, palanca indispensable en el movimiento del mundo; si estudiamos lo que pasa, veremos: en política la inteligencia del presente comprendida en sus relaciones aparentes u ocultas con el pasado; en las ciencias teológicas, el abandono de la rutina de la interpretación literal, y la aplicación de la crítica moderna al estudio de los libros sagrados de todas las naciones, llevando la erudición histórica por caminos enteramente nuevos; las bellas artes recibiendo del estudio la antigüedad un socorro precioso; veremos por fin en todos los ramos de los conocimientos humanos, una importancia incesante y progresiva dada a los estudios históricos. La vocación histórica del siglo es incontestable, y la explican los adelantos en las ciencias a la vez que los acontecimientos prodigiosos que contemplamos. De esos acontecimientos no es de los menos notables el que dio por resultado la independencia de la América española, y la separación de esa América, en nacionalidades distintas cuando la brisa disipaba apenas el humo del combate de Ayacucho. Allí se dieron el último abrazo de hermanos y se fraccionó un gran pueblo, en nuevas nacionalidades, para quienes principió aquel día la carrera de pruebas y sufrimientos, de lágrimas y de sangre, en persecución de una idea; esa idea es la verdadera realización del pensamiento democrático que elaborado en el mundo por la filosofía, llegó en su vuelo providencial a nosotros, y constituye el alma de nuestra revolución y de nuestra existencia política.

La revolución Hispanoamericana representaba entonces una idea, una idea de alta filosofía encarnada en ella, e hija de la filosofía del siglo XVIII. Así es en efecto, y esa idea que dio vida a esa revolución, es el alma de nuestra existencia revolucionaria, es la idea que sustenta, agita y trabaja a toda la América española. El *Círculo* acaba de laurear en su Certamen literario de setiembre, un excelente estudio histórico de nuestro amigo don Joaquín Blest, escrito bajo la santa inspiración de esa fatalidad histórica. Desde el principio hasta el fin, desde el epígrafe de Monteagudo hasta la última expresión, ese escrito revela que la Independencia americana era inevitable como la realización de un pensamiento que venía elaborando el mundo en su marcha de progreso; que era incontrarrestable, invencible, fatal, por la naturaleza misma de su origen filosófico y divino.

El problema no admitía otra solución, sin caer en el dédalo de la casualidad y del acaso, admitido como causa histórica.

El historiador chileno debe pues mostrarnos, en conceptos tan sobrios como atractivos, el lazo que une a la emancipación chilena con la emancipación general hispanoamericana, a ésta con la revolución Francesa, con la revolución de las colonias Británicas de la América del norte, y a todas con la filosofía del siglo XVIII.

Ningún hecho histórico puede considerarse aisladamente, puesto que reconoce precisamente derivación más o menos aparente, más o menos misteriosa, de causas generales que pueden manifestarse localmente aquí o allí; pero que emanan siempre de ideas que elabora la humanidad entera.

En la realización de las ideas, los hombres que ocupan la escena histórica son meros instrumentos de la Providencia. Colón, Pizarro, Valdivia, Washington, O'Higgins, Carrera, San Martín, Bolívar, deben ser apreciados por la historia según las ideas que representaban y a que servían; ellos constituyen en su misión transitoria, fuerzas a favor de ideas que tienen la edad del mundo, y que el mundo elabora, fermenta y madura por medios misteriosos que el historiador descubre. Ellos son hombres, formas pequeñas, falibles, mortales, que representan ideas inmortales, que tienen la edad del mundo, que han crecido con él y destinadas a marchar siempre con el tiempo, infatigable, constante, infinito.

Nuestra revolución representa una idea, un pensamiento, que comprendían los pocos a que obedecían instintivamente los más; un pensamiento americano, humanitario. Ese pensamiento luchó entonces contra el primer enemigo que se presentó a combatirlo; pero la existencia de luchas que le preparaba su misma esencia revolucionaria y filosófica, no terminó ni podía terminar en Ayacucho, en Chiloé, ni en el Callao con la cesación completa del dominio español en la América. Ese pensamiento, el pensamiento que obedecieron instintivamente los hombres del año 10, ha seguido luchando, lucha todavía contra resistencias lógicas y naturales, y luchará aún hasta que luzca su brillantez la verdad de las instituciones democráticas que son la forma actual de ese pensamiento, que reasume todo el porvenir infalible de nuestras sociedades. Descubrir la marcha de esa idea, de ese pensamiento en su tránsito por los hombres y las cosas, por situaciones y acontecimientos, he ahí la ardua pero bellísima tarea de nuestra literatura histórica.

Una historia así escrita traería inmensos beneficios. En política, iluminaría y ayudaría a la marcha presente de la República la experiencia y la ciencia del pasado. En nuestras relaciones con el mundo, nos daría a conocer a esa Europa que ni nos conoce, ni nos estudia, ni nos comprende en otras relaciones que las de consumidores. En su diplomacia de mercaderes, ve en nuestras discusiones, no el efecto de grandes causas, de grandes principios que luchan con obstáculos naturales y lógicos con nuestros antecedentes, sino contiendas pequeñas, hijas de pasiones bastardas, que no contrabalancean virtudes cívicas que poseemos como ellos y tal vez en más alto grado que ellos. Y por último tal historia tendrá el grande y benéfico efecto de inspirar la fe y la esperanza a almas ardientes y elevadas que desesperan del presente y del porvenir, sin más que porque ven a este muy debajo de sus elevadas concepciones y aquel muy lejano para su ardorosa esperanza; pero que se curarían de su pesimismo ilustrado al contemplar el camino andado, la altura conquistada. El menor efecto de la historia que apetezco sería producir el contentamiento necesario a la prosecución vigorosa del trabajo, y que a pesar de cuanto pudiera afligirnos,

exclamásemos siempre con la abnegación del Dr. Pangloss, cuando le cortaban las narices: “todo es para lo mejor en el mejor de los mundos posibles”.

DEMETRIO RODRÍGUEZ PEÑA